UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

III

LOS MONNERÓN

Desde la calle de Tournón, en que habitaba Ferrand, y la de Claude-Bernard, en que vivían los Monnerón, la distancia no es larga, aunque muchas veces se lo había parecido á Juan cuando iba á casa de su profesor con la esperanza de ver el lindo talle, los ojos azules y la amable sonrisa de Brígida. Al salir de aquella conversación que en su pensamiento equivalía á una ruptura definitiva, ¡qué corto le pareció aquel camino! Hubiera querido que las dos casas estuviesen separadas por leguas y leguas para no encontrar tan pronto la morada paterna, todavía conmovido hasta el fondo de su ser por las palabras que había dicho y que había oído. El sacrificio á que se había resuelto tan penosamente suponía un esfuerzo contra naturaleza. No se doma el ímpulso espontáneo del amor con ideas abstractas como él acababa de intentarlo, sin una sublevación de todas las energías instintivas, tan poderosas en un corazón de veinticinco años. ¡Brígida le amaba! Su padre se lo había dicho, y aquella certeza, ya indiscutible, de

un sentimiento en el que había siempre creído sin estar verdaderamente seguro, acababa de desesperar al joven. ¿Qué iba á pensar Brígida al saber que después de haber pedido su mano se había retirado por tal motivo? Siendo tan piadosa ¿se explicaría el escrúpulo á que había inmolado la dicha de los dos? La joven vería en él un enemigo de todo lo que ella creía y respetaba y dejaría de amarle, si no le olvidaba sencillamente por no verle y por encontrar otro hombre de su misma fe religiosa que se casase con ella. Y una imagen precisa hasta la alucinación se dibujó ante la vista del enamorado: la de Brígida yendo al altar con un hombre que no era él. Entonces se reprodujo en su mente este razonamiento que ya se le había presentado muchas veces durante aquellos ocho días:

— ¡Pero estoi loco para echar á perder mi vida por una quimera! Un acto religioso en el que no se cree, no es nada. ¿Por qué no someterme á una formalidad, legítima si el catolicismo es verdad ó absolutamente vana si es falso, siendo así que esta sumisión aseguraría mi dicha? ¿Qué me respondería mi padre si le plantease este dilema? ¡Él se ha casado en la iglesia!...

Juan Monnerón se acercaba á su casa cuando se pronunció mentalmente esta frase que le volvió á la conciencia de lo que eran los suyos y de sus personalidades. Aquel matrimonio religioso permanecía en el recuerdo de José Monnerón como una prueba de la tiranía del régimen imperial sobre los funcionarios. Se verificó en 1869, en Niza, el mismo año en que el profesor salió de la Escuela normal. Monnerón no tenía fortuna y se casaba con una muchacha pobre. La presión de su futura suegra, el respeto de su prometida hacia las conveniencias burguesas, el temor de las se-

29794
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

veridades administrativas, todo había contribuído á que el jacobino hiciera una concesión que no se renovó cuando el nacimiento de sus hijos. En la conversación que acababa de celebrar con Ferrand, Juan no había hecho más que medias confesiones. Había declarado sus dudas en materia religiosa y no había protestado cuando su maestro le indicó la verdadera causa del malestar de su familia, combatida por un atavismo católico y por la incredulidad de un padre que razonaba con rabia contra sus tradiciones. Había dicho su imposibilidad de confiar á los suyos el fondo de su alma. Había aludido al afan de lujo y placeres de su hermano, sin principios sólidos en que apoyarse, y había llegado hasta hablar de su hermana con una reticencia inmediata, pues de ese lado esperaba la amenaza contra la dicha de sus padres. En cambio no había pronunciado siquiera el nombre de su madre. Y sin embargo, entre las fisonomías que temía encontrar dentro de unos minutos reunidas en torno de la mesa de familia, ninguna le recordaba más tristezas que la de aquella madre. La mujer de Monnerón pasaba por buena á causa de su expansión meridional, pero Juan sabía que no le amaba, así como estaba cierto de que á los elementos de desorganización de la vida de su padre, la madre había añadido uno, el más funesto : la influencia de una esposa instintiva y poco inteligente, vanidosa y sin talento de ama de casa. Aquel hijo de labrador, convertido en « caballero » por la suerte de una instrucción de librería, no había tenido quien le guiase en la elección de mujer en el estrecho círculo á que le reducía su falta de fortuna. Por otra parte, idealista é inexperto, no había buscado en su elección más que condiciones sentimentales. Durante sus años de París permaneció absolutamente casto, por varias razones :

trabajo encarnizado, timidez física, escrúpulos morales. Así pues, era inevitable que se dejase seducir por la primera joven en cuya intimidad le hiciesen vivir las circunstancias, y de este modo, habiendo entrado como huésped en una familia de Niza que alquilaba dos habitaciones de su casa, se casó con la hija de sus patrones. Ana Granier, que así se llamaba la esposa, era en realidad una naturaleza honrada, pero muy vulgar, de inteligencia corta y corazón estrecho, educada por una madre indolente y por un padre equívoco que había hecho veinte oficios, desde el de director de un colegio hasta el de garibaldino, pasando por los corretajes en aceites, las especulaciones sobre terrenos y las habitaciones amuebladas. No hay para qué decir que la hija no tenía dote y que el marido pudo considerar como uno de los raros sucesos dichosos de su destino la muerte de sus padres políticos, cuyo activo bastó apenas para enjugar el pasivo, pues de otro modo hubiera estado obligado á sostenerlos sin recursos para ello. Juan no sabía más que á medias estos detalles de la boda de su padre, pero sí conocía muy bien el modo de ser actual de su madre, su incuria en el cuidado de la casa, su falta de respeto al dinero tan penosamente ganado por su marido y que ella malgastaba por vanidad y por descuido, siempre entrampada con los criados y con los proveedores y, como dice graciosamente el pueblo, desnudando á un santo para vestir á otro. En cambio encontraba siempre medio de presentarse muy ataviada en « sus días de recepción », en una sala de lujosa apariencia, gracias á ese genio del « quiero y no puedo » que la gente del Mediodía conserva hasta en sus épocas de mayor escasez. Mientras tanto, una criada volandera se preparaba á servir por toda comida al profesor, rendido de can-

sancio y necesitado de reparación, un guisote quemado. Todo lo dura que su madre había sido para Juan y para su hija Julia, que reproducían exactamente el tipo de su padre, había sido blanda y mimosa con el hijo mayor, Antonio, guapo mozo que se parecía a ella, y con el pequeño Gaspar, verdadero truán del Mediodía, que sabía dominarla con sus gracias y al que la buena señora estaba convirtiendo, sin saberlo, en un resuelto tunante. No hubiera sido Juan el sensitivo y el observador que era si no hubiera visto esos defectos de su madre ni experimentado al verlos un secreto rubor, pues era su madre y la quería á pesar de todo. Cada vez que echaba de ver en él aquella imposibilidad de verla sin sufrir, le parecía que aquella impresión involuntaria y oculta era un verdadero parricidio moral. Aquella misma mañana, á medida que se aproximaba á su casa, sentía cierto remordimiento al darse cuenta de que entre toda la familia cuya presencia temía afrontar con su corazón desgarrado, la figura más desagradable era la de aquella mujer de cuya carne procedía y á la que su padre había amado cuando era joven.

— ¡ Como yo amo á Brígida ! pensaba. ¿ Es posible ? Sí, no hay más que mirar su retrato de novia. Era encantadora, pero ha pasado mil trabajos en detestables condiciones y su marido no ha tenido tiempo, ni fuerza ni dinero, dinero sobre todo, para educarla. Somos unos pobres diablos que hubiéramos debido quedarnos en Quintenas á labrar la tierra hasta que hubiéramos podido reunir un pequeño capital. ¡ Ah ! ¡ No habitar esta ciudad ni esta casa !...

Este suspiro acababa de serle inspirado por la comparacion mental de la vieja morada, tan sencillamente burguesa, en el noble sentido de este epíteto, en que habitaba Ferrand, y el gran cuartel *modern style*, lleno de adornos y esculturas á la docena, con sus ventanas de colores pintados y su aire de falso semilujo, en el que la vanidad de la mujer de Monnerón los tenía instalados. Estos pisos de dos mil cuatrocientos francos abundan en París y no había ciertamente ningún lazo necesario entre el origen de los Monnerón y la elección de su departamento. Juan sentía, sin embargo, al subir la escalera, que aquella casa era la decoración inevitable de su condición social. Los enormes edificios de aquel género, con su aparato de poco precio, la falsa comodidad de sus pisos, todos idénticos, estrechos, sin un armario, sin un rincón donde guardar los objetos, donde « durar » en fin, ¿ serían tan abundantes si no fuesen la imagen misma de una sociedad que multiplica las pequeñas rentas, las pequeñas posiciones, el bienestar efímero y las parodias de elegancia ? La instalación de una familia en un sitio y no en otro parece un detalle insignificante y, sin embargo, Juan comprendía que el haberse instalado sus padres allí y no en otra parte no había sido arbitrario. En una crisis de intuición imaginativa, el joven veía que aquel incidente minúsculo estaba determinado por los dos grandes fenómenos nacionales que el señor Ferrand llamaba « el error francés » : la manía igualitaria y el funcionarismo. ¿ Cómo dudar de que su maestro tenía razón, cuando él mismo era víctima de esos errores ? Tanta era su angustia en aquel minuto, que al llegar al descansillo de la escalera, inmóvil en la lúgubre claridad verdosa de aquella obscura mañana, más triste todavía con la escasa claridad de aquella escalera sin aire, estuvo tentado por no llamar y huir á la calle, más hospitalaria que el hogar de familia. Por fin, en un acceso de energía, oprimió el botón y — este rasgo

acabará de pintar aquella cándida juventud todavía impregnada de reminiscencias escolares — se citó mentalmente un verso de un poeta desconocido, citado por Marco Aurelio é impregnado de fatalismo : « *Tú no eres más que un esclavo y no tienes la palabra...* »

Una ironía del azar, que no podía hacerle gracia en su presente estado de ánimo, quiso que en el momento mismo en que Juan se hacia á sí mismo aquella heroica cita, una voz respondiese en el interior de la casa un « ¡ Ya voy ! ¡ Ya voy ! » en el que reconoció el acento de arrabal que afectaba su hermano el pequeño. La puerta se abrió y dejó ver la cara maliciosa, de ojos viciosos, del joven Gaspar. El colegial con licencia del liceo Luis el Grande, se había levantado de la mesa sin quitarse la servilleta, con el tenedor en la mano y sin dejar de comer el enorme bocado que se metió en la boca pasa salir á abrir, y gritaba desde la antesala :

— ¿ Ves, mamá, como tenía razon? Es el padre Juan, que acude al comedero... Mejor hubieras hecho de yantar en otra parte, porque las chuletas son de corcho y las patatas están crudas. El almuerzo es hoy asqueroso. Parece que estoy en el colegio...

El discípulo del bonaldista Ferrand, el enamorado de la fina y pura Brígida, el admirador del prudente emperador Marco Aurelio, no respondió nada á aquel recibimiento del colegial, ajado ya á los quince años, y que le saludaba con aquellas frases argóticas sin que la madre le corrigiera, en la iniquidad de sus preferencias por el niño mimado, ni el padre, que presidía el almuerzo con su bondad habitual. El comedor era una pieza esquinada, caldeada por una estufa de loza adosada á la pared, y que se alumbraba por un *bow-window* perfectamente incómodo y lleno de pintarrajos. Dos escuálidas plantas verdes perecían en él, faltas de

riego, y en las paredes, vestidas de papel imitación de cuero rameado, había unos grabados que daban idea de los gustos incoherentes del universitario jacobino, idílico y letrado. Uno de los cuadros representaba á Rouget de Lisle cantado la Marsellera en casa de Monsieur Dietrich ; otro, los pastores de Nicolás Poussin : *Et ego in Arcadia ;* otro, la sesión de la Asamblea en que Thiers fué proclamado libertador del territorio, y dos arcos de triunfo romanos, enviados por un antiguo discípulo en misión en Roma. Había también cuatro retratos ; los de Víctor Hugo, Michelet, Julio Ferry y Gambetta, que completaban aquella decoración menos incoherente, sin embargo, que el grupo de fisonomías que rodeaban la mesa. José Monnerón era un hombre de baja estatura y sus hombros estrechos y su espalda un tanto cargada indicaban que no había hecho ningún ejercicio hacía cuarenta años. Era un temperamento enteramente plebeyo para el cual refinarse era destruirse. Había sin embargo en aquel hombre de tez amarillenta y aspecto enfermizo señales de una naturaleza superior ; los ojos, por ejemplo, profundos, dulces y soñadores, que iluminaban con su poesía una cara macilenta y ajada, coronada por cabellos blancos á los cincuenta años y encuadrada por una barba gris. Su sonrisa cándida y casi infantil acusaba un alma joven, el alma de sus ojos, entusiasta y capaz de magníficas ilusiones. Enfrente de aquel jefe de familia, víctima de la vida y de sus ideas y vencido por el exceso de trabajo mercenario, pero tan inteligente y tan vibrante por todas las fibras de sus nervios cansados, estaba sentada la señora de Monnerón. Su cara engordada por la edad con una grasa pálida, que contrastaba con su cabellera absurdamente teñida, guardaba algunos restos de su antigua belleza. Tenía

magníficos dientes y facciones finas que, con su gordura, le hubieran dado fisonomía de muñeca sin su mirada impaciente y movible, irritable y desconfiada. Su frente estrecha y baja indicaba la falta de inteligencia y su boca, de un dibujo vago, acusaba la indolencia. Negligente y obstinada, apasionada y egoísta, era exactamente la mujer que indicaba aquella faz tan desagradable cuando se habían discernido en ella aquellos caracteres que parecen contradictorios y se corresponden por la misma lógica que une la sensualidad con la dureza y la bajeza con la vanidad. La mujer de Monnerón en pie tenía la misma estatura que su marido, pero sentada, su busto era más corpulento y aquella señora parecía verdaderamente la dueña de la casa. Y la diferencia de los dos esposos en el modo de vestir subrayaba todavía aquella antítesis. El profesor llevaba, invierno y verano, una levita negra lisa, cuidadosamente abotonada, que le hacía parecer más flaco y demacrado. Su mujer, en cambio, fiel á la tradición nicense, acumulaba en casa de las pequeñas costureras notas sobre notas por trajes recargados y vistosos. Aquel mismo día, pensando hacer visitas después de almorzar, se había puesto un vestido de paño lleno de trencillas y de tiras de falso astracán. Una de las formas de su prodigalidad era la imposibilidad de recibir un traje sin ponérselo en seguida y había transmitido ese gusto del lujo á su hijo Antonio, el cual ostentaba también en aquel almuerzo de familia una levita flamante que no tenía nada de común con la raída en que estaba envuelto su padre. El atavío del joven, sus botones de oro y su fino alfiler de corbata acusaban un presupuesto de gastos personales desproporcionado con sus recursos. Gracias á la protección de un diputado radical, camarada de Monnerón en la Escuela normal y exministro de Hacienda en el ministerio Bouteiller, Antonio había entrado como empleado en la casa de banca del célebre financiero Fermín Nortier, con el sueldo anual de mil ochocientos francos. Aunque vivía con sus padres y pagaba una mínima pensión, de la que le eximía con frecuencia la complicidad de su madre, aquel exiguo sueldo no justificaba en modo alguno las costumbres de aquel peligroso y guapo mozo, que frecuentaba los hipódromos, los *restaurants* de noche y los teatros de moda. Entre él y su padre estaba Julia, aquella silenciosa hermana cuyo modo de ser inquietaba á Juan. Julia se parecía más, físicamente, á su padre que á su madre. Delgada y ajustada en un traje de corte de sastre que exageraba todavía su delgadez, dejaba ver una cara muy delicada y regular á la que quitaba, sin embargo, la gracia juvenil cierta expresión cerrada y de mal humor. Su opulento cabello negro caía por los dos lados de su frente en dos espesos *bandeaux* que le ocultaban las orejas. El aspecto estético de aquel peinado y el carácter masculino de sus trajes indicaban la independencia de una muchacha á la que sus padres dejaban ir y venir sola, á la inglesa y á la americana, que ha seguido toda clase de cursos y leído toda especie de libros á la rusa y á la noruega, y que no siendo más que una pobre, hija de un pobre funcionario francés, se agita entre sus pretensiones y las duras necesidades de su existencia. ¡Qué bien conocía Juan aquella mala expresión de la cara de su hermana y cómo le inquietaba, así como los gastos exagerados de Antonio! ¡Qué bien había observado el tono precozmente canallesco de su hermano el pequeño y todos los detalles de la casa, como la incuria materna que se acusaba en el hule de la mesa, mal lavado, los vasos descabalados, los platos rotos, los cu-

biertos ennegrecidos y los cuchillos mellados ó bailando en el mango! Aquellos rasgos de bohemia poco pintoresca entristecían al joven, que hubiera habitado con delicia una celda blanqueada y comido con cubierto de palo. Era aquella una señal, entre otras mil, del aborto á que estaban condenados todos los esfuerzos de los suyos. Juan se sentó en la silla que había libre entre la de su padre y la de Gaspar y dijo para excusarse de su falta de exactitud :

— Mi reloj me ha engañado y como he ido más allá del Luxemburgo...

— Peor para ti, le interrumpió con acritud su madre; comerás lo que quede. No podemos hacer un almuerzo para cada persona que se retrasa...

— No tengo gran apetito y me bastará con lo que haya...

En este momento llegaba la criada con un gran plato de macarrones, que era el segundo del almuerzo. El primero había sido el de las chuletas y las patatas objeto del descontento de Gaspar, el cual, al ver aparecer la pasta, la saludó con esta exclamación :

— ¡Macarrones! ¡Magnífico! Si no tienes hambre, Juan, cédeme tu ración... Pero después añadió mirando al plato y haciendo un gesto : ¡Demonio! Están empanados y á mí no me gustan más que con tomate!

— No he sabido que salías, dijo Monnerón padre á su segundo hijo, haciendo seña al pequeño para que se callara, pero débilmente. Aquel excelente hombre había visto la dureza de la madre y la charla picaresca del pequeño colegial, pero, en vez de poner remedio, se contentó con refugiarse en las ideas abstractas y trató de llevar á ellas la conversación. Si lo hubiera sabido, dijo, te hubiera pedido que me acompañaras. He ido al Panteón, solo, en peregrinación laica. Estoy convencido

de que no destruiremos la iglesia más que reemplazándola. Debemos tomar sus fiestas á los católicos y celebrarlas con su sentido racional. Yo quisiera que la República celebrase también sus santos, que están en el Panteón, los Carnot, los Baudin, los Víctor Hugo, los Michelet... ¡Qué hermosa página la de este último en su *Banquet*, sobre la necesidad de dar al pueblo fiestas que le hagan amar la República!...

— ¿Crees que los obreros no tienen bastantes ocasiones para holgazanear y emborracharse? Yo no... respondió Antonio. Una de sus costumbres era oponer á los entusiasmos de su padre axiomas de misantropía burlona, pronunciados desde la altura de su suntuosa corbata, mientras se aseguraba un monóculo no justificado por ninguna debilidad en la vista. Nada tocaba al profesor en lo vivo de su sensibilidad como ese pesimismo, en el que descubría la falta de fe en la bondad original de la naturaleza humana. « Sed lo que queráis, pero no seáis escépticos. » Esa extraña fórmula que le era habitual caracterizaba la actitud siempre afirmativa de aquel espíritu de ideólogo, incapaz de soportar ni el pensamiento tan sólo de la desilusión. El profesor replicó con voz casi irritada á la frase de su hijo :

— Si hay perezosos y borrachos en el pueblo, es porque el pueblo es demasiado ignorante y muy desgraciado. Dadle instrucción y bienestar y desaparecerán esos vicios. Por eso he aprobado á tu hermano cuando ha fundado, con sus amigos Dumesnil y Cremieu-Dax, la *Unión Tolstoi*. Este era el nombre que Juan y sus camaradas habían dado á su intento de universidad popular, menos por fetichismo que por evitar la palabra « santo » en el nombre primitivo de *Unión San Jacobo*. Sí, continuó Monnerón, no soy colectivista. Jamás he variado en esto. Mi fe está en la Declaración de los De-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

rechos del Hombre y me atengo al articulo 17 : « La propiedad es un derecho inviolable y sagrado. » Pero siempre aprobaré el socialismo que va al pueblo para ilustrarle...

Y al decir esto echó á su hijo preferido una mirada, que éste conocía muy bien y que significaba que Juan había logrado — ¡ y á qué precio! — realizar el programa de la antigua canción : « Mi hijo será mi consuelo... » Aquella ternura, tantas veces sorprendida en los ojos del profesor, era la que siempre había contenido en los labios de Juan la confesión du sus divergencias íntimas. Esta vez aún la mirada venció. Juan sabía muy bien el vacío de aquella fórmula tan magnífica al pronunciarla : « Ir al pueblo » y conocía la completa inutilidad de esas relaciones ficticias entre trabajadores de la inteligencia y trabajadores manuales, en las que aquellos no hacen más que rebajarse sin levantar á éstos. El joven estaba á punto de separarse de la tal *Unión Tolstoi*, que sospechaba había sido una escuela de baja envidia, de necio orgullo y de destructora anarquía para los obreros que se habían inscrito en ella. De los dos amigos que su padre había nombrado, Salomón Cremieu-Dax le resultaba ya molesto en su trato, á causa de su despotismo de inteligencia y porque, á punto de hacerse cristiano, veía que tendría que chocar con aquel amigo de la juventud, que era un frenético judío. El otro, Ademar de Rumesnil, pertencía á esa clase de nobles que las echan de intelectuales y creen librarse de todo prejuicio profesando deliberadamente las ideas más contrarias á su nacimiento y á su casta. Juan había sentido por él un verdadero culto y le había considerado como un genuino descendiente de los nobles de la noche del 4 de agosto, pero hoy que ya no creía en aquella funesta noche, en la que empezaba á ver la más vergonzosa de las abdicaciones, no creía tampoco en su amigo Rumesnil, que, además, estaba mezclado en su imaginación, y de un modo atroz, á la cosa siniestra que temía y á que había aludido obscuramente en su conversación con Ferrand. Todo esto bastaba para no asentir sin reservas á los elogios que su padre hacía de aquella empresa, para él enteramente fracasada. Pero en lugar de esto, se contentó con no responder é inclinar la cabeza sobre el plato, para no levantarla hasta que oyó esta pregunta que el nombre de aquel amigo, de quien sospechaba la más vergonzosa felonía, sugirió á su madre :

— ¿ No olvidarás, Julia, el hacer el encargo de Rumesnil ?

— ¿ Ha venido Ademar? preguntó con víveza Juan, y á pesar suyo miró fijamente á su hermana. Pero ésta no salió, bajo aquella mirada tan claramente interrogadora, del flemático mal humor que ocultaba su belleza. La madre fué la que respondió con esa precipitación del que no tiene tranquila la conciencia y se adelanta á un reproche posible :

— Sí, ha venido, y me extraña que no le hayas encontrado. Te ha estado esperando largo rato. Yo estaba ocupada y le he dejado decir á Julia el objeto de su visita.

— Se trataba de la U. T., dijo la joven, usando esta especie de abreviatura tomada de las costumbres anglosajonas y que denunciaba el origen extranjero de esas agrupaciones peligrosas en las que algunos jóvenes burgueses juegan á los apóstoles sin inquietarse por las consecuencias. Quería encargarte, continuó Julia, que seas exacto esta noche, pues parece que la discusión es muy importante.

La joven se calló, cortada por una risita del apreciable

Gaspar, al que esta vez dijo su madre con verdadero enfado :

— Te he dicho mil veces que es de muy mala educación reirse sin saber por qué. ¿ Qué tiene de gracioso lo que ha dicho tu hermana ?

— Nada, dijo el muchacho, que sabía muy bien hasta donde podía ir con su madre. Es ese nombre de U. T. el que me ha hecho gracia.

— Se trata de un asunto bastante delicado, dijo Juan dirigiéndose á su padre con cierta precipitación, como si los tres incidentes que acababan de surgir : el recado de Rumesnil dado por su hermana, la confusión de su madre y la risa del pequeño, le hubieran puesto nervioso. Uno de los sacerdotes de París que más se han ocupado en los problemas sociales, el padre Chanut, ha escrito á Cremieu-Dax para pedirle hacer en la U. T. una conferencia sobre el Cristianismo y la Ciencia.

— Supongo que no habréis aceptado, dijo vivamente Monnerón.

— ¿ Cómo habíamos de rehusar ? ¿ Cuál es el primer artículo de nuestra Unión ? « *Una casa en la que los hombres de cualquier situación se reúnen para cuidar de su mutua educación moral y social.* » Y el segundo : « *La asociación es independiente de todo carácter político y religioso.* » Hemos tenido en el comité una reunión muy calurosa. Algunos, y especialmente mi primo Riouffol, se han opuesto á la idea, y Cremieu-Dax ha dejado la votación para esta noche. Él opina que se debe admitir al padre Chanut y en apoyo de su opinión ha citado la frase de Robespierre á Couthon cuando éste le pedía que escribiese á los ejércitos : « ¿ Pero en nombre de qué?... »

— En nombre de la razón y de la libertad, dijo Monnerón vivamente. Y, al ver el asombro pintarse en la cara de Juan, insistió : Ciertamente. Ese señor Chanut, como cura, cree en la revelación y en lo sobrenatural, luego abdica su razón y por consecuencia no tenemos que discutir con él, puesto que ha empezado por renunciar á su libre derecho de discusión. Que abandone su sotana de sacerdote y venga á decirnos : « No creo y deseo saber », y entonces entra en el derecho común de la humanidad, ó que nos deje en paz. Y lo mismo en cuanto á la libertad. No tenemos para qué dársela en nombre de nuestros principios á una gente que nos la rehusaría en nombre de los suyos. Los liberales han incurrido en ese error y ¿ adónde los ha conducido ? Á la ley de 1850 y al restablecimiento de los jesuítas. Esto es lo que yo hubiera respondido á Cremieu-Dax. Su debilidad me extraña. Yo le creía más enérgico, pero como es judío habrá temido que le acusen de prejuicios religiosos. Esas concesiones nos pierden. Empecemos por conquistar la libertad y la practicaremos después.

— No puedo pensar como tú, padre, respondió Juan, sacando por primera vez fuerza de sus convicciones, que eran las de Brígida, para contradecir á su padre. Y tú mismo debes observar tus principios de respeto á la conciencia individual. ¿ Por qué no nos has hecho bautizar? Porque estimas que la convicción de cada cual es un dominio en el que los demás no deben entrar...

— Por eso no impediré jamás á los curas Chanut el tener las convicciones que les convengan, respondió el profesor con voz irritada. Pero que se las guarden y no se sirvan de ellas para provocar la guerra civil de las almas. ¿ Quieres que te diga por qué ese señor Chanut quiere ir á vuestra casa ? Sabe muy bien que no os convertirá ni á Cremieu-Dax, ni á Rumesnil ni á ti,

pero quiere dividiros y lo logra, puesto que ya estáis en discusión por su causa. La congregación es diestra y está bien informada. Ahora quiere parar este golpe de las universidades populares, que le da miedo. El simple instinto de tu primo Riouffol ha tenido más razón que vosotros...

Aquel Riouffol era un pariente en tercer grado de los Monnerón, procedente también de Quintenas, pero sin haber abandonado la blusa por la levita, Era un hábil obrero encuadernador, un gran lector de periódicos y uno de esos autodidácticos apasionados por las cuestiones sociales, que tanto abundan actualmente. Riouffol no se había dado á conocer hasta que encontró á Juan en la *Unión*; éste le llevó á su casa y dió así motivo á uno de los mayores rencores de la mujer de Monnerón que no encontró de su gusto semejante visita. Así fué que, en aquel momento, se apresuró á aprovechar la ocasión para dirigir á su hijo unas cuantas frases desagradables:

— ¿Has disputado con él, Juan? Confiésalo. Ya te lo había prevenido. Tú no tienes ya muy buen carácter y él es un anarquista. Soy hija de un garibaldino y mujer de un buen republicano, pero detesto á los anarquistas y ese es uno.

— Y si no lo es, lo será, dijo Antonio con su ironia acostumbrada. Rumesnil y Cremieu-Dax hacen para ello todo lo posible yendo á hacer conferencias sobre la fraternidad y la justicia con gabanes de nutria y berlinas de cinco mil francos. Si yo fuera Riouffol les diría: Devolved ante todo el dinero. Nada de pieles, ni de títulos, ni de carruajes, ni de millones, y después hablaremos. Si no lo dice, lo piensa, y no le falta razón.

— Nunca Ademar ni Salomón han ido á la *Unión* en coche, dijo Juan con acento tan irritado como el de su padre. Ambos tienen demasiado corazón y demasiado tacto para eso...

— Lo dejan en la esquina, que es peor... Además, vayan ó no en él á la *Unión*, lo tienen, así como poseen, el uno su hotel en la calle de Varennes y el otro su magnífica casa en la avenida Hoche y los quinientos mil francos de renta que el padre reunió en las minas. Todo el mundo lo sabe y Riouffol el primero. ¿En qué crees tú que está pensando sino en eso cuando encuaderna libros en su taller, por ocho francos diarios, con los que no hay para pagar el pienso de los caballos de esos señores?... Si yo estuviera en su lugar...

— Poco á poco, interrumpió el padre con una impaciencia de las más violentas; si Riouffol pensase como tú dices, sería muy culpable. En el día de las elecciones Rumesnil y Cremieu pueden llegar con sus coches de cinco mil francos ó de treinta mil, si gustan; su voto no tendrá más valor que el del encuadernador Riouffol ni que el del profesor José Monnerón. Nobles y plebeyos, millonarios ó pobres, obreros y letrados, todos somos iguales y todos nos sometemos al impuesto militar cuando tenemos la edad. ¿De qué se puede quejar Riouffol? ¿De no tener actualmente tanto dinero como esos señores? Pues que lo gane. Todo es accesible á todo el mundo, aquí como en América, donde los más grandes potentados de las minas y del petróleo han empezado por vender periódicos en las calles. ¿Qué era Gambetta? El hijo de un tendero de comestibles. ¿Qué era Burdeau? El hijo de un obrero de sedería. Y ambos habitaron palacios, trataron de igual á igual con los príncipes y los emperadores y tuvieron funerales nacionales. Yo mismo, hijos míos, que no soy gran cosa, dijo arrollando la servilleta y metiéndola

en un servilletero rajado, después de tomarse un café sin azúcar por economía; yo, que he trabajado mucho en mi vida, he estado siempre sostenido y regocijado par un sentimiento, el de ser un ciudadano libre en una gran democracia y no tener sobre mí más que los dueños que me he dado libremente con mi voto...

— ¿Y si hubieras estado en minoría? preguntó con burla Antonio, levantándose de la mesa.

— Hubiera tratado de convencer á mis conciudadanos y procurado estar en mayoría.

— ¿Y si no lo hubieras conseguido? insistió el joven.

— Me hubiera sometido á la ley del número.

— ¿Y hubieras obedecido á unos dueños sin habértelos dado libremente? repuso Antonio. Que obedezcas á uno, como en las monarquías, ó á muchos millones como en las repúblicas, pata, para hablar en el estilo de nuestro interesante Gaspar... Y al decir esta profesión de fe con su guasa habitual, tiró de una oreja al pequeño y se levantó, como hacía de ordinario en cuanto acababa de comer. Además, añadió, ya conoces mis opiniones en política. Creo, con uno de nuestros más ilustres hombres de Estado, que no existen palabras en la lengua francesa para despreciar la política como se merece...

El joven salió del comedor sin que su padre, en cuya cara se había retratado un verdadero dolor, tuviera tiempo para contestarle. Juan, que había visto aquella penosa impresión, siguió á su hermano hasta su cuarto y le dijo:

— ¿Por qué has tratado así á papá? No te vayas sin hablarle un rato de otro modo...

— No tengo tiempo, contestó Antonio, quitándose la levita con vueltas de seda con el mismo cuidado con

que un caballero antiguo se quitába la armadura. En seguida se puso á lavarse la cara y las manos con agua fuertemente perfumada y añadió: Coge mi cartera en el bolsillo de la levita; allí encontrarás un retrato. ¿Lo tienes? Míralo; es la muchacha con quien tengo cita á la una y media y voy á llegar tarde. Comprenderás que prefiero ir á buscarla á discutir con papá tonterías como los derechos del hombre y el sufragio universal, que me tienen sin cuidado. Me duele oir á este pobre hombre, que trabaja como un caballo para no dejarnos un céntimo, felicitarse por haber vivido cuarenta años engañado por las farsas electorales. En cambio, mira á Barantín. Comprendo que él celebre la república, el progreso, las clases obreras y toda la letanía, porque al menos sabe aprovecharla. Hay la historia de cierto cheque que no es muy brillante, pero tiene un hotel en Passy, coche por meses y guapas queridas, lo que no le impide hablar á todas horas de las *calumnias de la prensa inmunda*. Yo no me quejo de esto, pues si Barantin no estuviese bien con la alta banca no tendría yo mi plaza. Pero, en fin, tranquilízate. Hoy no como en casa, pero mañana, en el desayuno, te prometo servir á papá una degollina de jesuítas y comer curas como si fuesen manzanas... Ahora está fumando su pipa y no se acuerda ya de lo que he dicho. Dame mi levita y devúelveme el retrato. ¿Qué te parece mi amiga?

Juan entregó á su hermano la fotografía después de mirarla durante todo ese discurso. Representaba, en efecto, una hermosa mujer en postura provocativa y, aunque joven, ajada ya por el vicio. La expresión de la mirada, la impura sonrisa y el lujo exagerado de su atavío revelaban claramente que aquella criatura era una entretenida. ¿En qué condiciones podía estar en relaciones con aquella mujer un amante de tan exiguos

recursos como los del hijo de Monnerón? Juan no se atrevió á pensarlo ni á preguntárselo á su hermano. Pero le acometió de nuevo su habitual aprensión angustiosa sobre el porvenir de aquel muchacho, que le miraba con ojos de una impudencia y de una fatuidad singulares.

— Es muy guapa, dijo solamente. ¿Quién es?

— Eso... es un secreto, dijo Antonío guardándose el retrato. Y al limpiar el sombrero de copa con un cepillo suave, había en su cara tal expresión de contento, que Juan aprovechó la ocasión para hablar con él de la sospecha que le mortificaba, no como una amenaza para mañana, sino presente, y le dijo en el momento en que Antonío se ponía el sobretodo:

— Siento que te vayas, porque hubiera querido hablarte á fondo de una cosa...

— ¿De qué? dijo Antonio, cuyos ojos se velaron.

— De Julia... respondió Juan mirando fijamente á su hermano. ¿No has reparado que Rumesnil le hace la corte?

— Eso, allá ella, querido, respondió Antonio. Y mientras en su boca se dibujaba una sonrisa imperceptible, sus ojos se aclararon, como si antes hubiera temido otra pregunta, sobre sus gastos, sin duda, y sobre los medios de sufragarlos. Sí, añadió, á mí no me gusta que nadie se meta en mis asuntos y empiezo por no meterme en los de los demás... Por otra parte ¿qué mal habría en que Julia se casase con tu amigo? Mejor sería eso para ella que el irse á desasnar á las jovenes vírgenes de Carpentras ó de Brive-la-Gaillarde. Nuestra hermanita sabe defenderse mejor que tú y tan bien como yo. Ambos sabemos que en el mundo no hay más que una ley: la lucha por la vida. Julia *struggleforlifiza* á su modo. ¿Quieres seguir mi consejo? Pues no te

ocupes de esa historia, porque lo echarías todo á perder...

— Había adivinado, pensó Juan, y no insistió. Aquí pasa algo que Antonío favorece, pues se ha sonreído cuando le he nombrado á Rumesnil. Pero si Ademar quisiera realmente casarse con Julia no se ocultaría de mí como lo hace... ¿De dónde vienen ese lujo y esas alhajas de Antonío? ¿Dónde ha encontrado á esa mujer? ¡Oh! Es preciso que prevenga á mi padre. Cuando yo hago por él el mayor de los sacrificios tengo derecho á impedir que los demás le asesten golpes demasiado duros. Solamente él tiene bastante autoridad para interrogarlos á los dos y saber...

Y con esa resolución se dirigió al despacho, para lo cual tuvo que atravesar el salón en el que Julia, creyéndose sola, estaba tocando en el piano una pieza de su elección. Juan conoció antes de entrar una de las polonesas de Chopín, y como no la había oído tocar hacía mucho tiempo, se quedó asombrado al notar la apasionada energía con que Julia ejecutaba esa febril melodía del más febril de los maestros. Al ruido que hizo al abrir la puerta, la pianista se calló de pronto y en seguida sus dedos recorrieron el teclado y tocaron un aire de café concierto vulgar y canallesco.

— ¿Por qué no continúas esa magnífica pieza? preguntó Juan. ¿Te estorbo?

— ¿Tú? respondió la joven cerrando el piano y levantándose. Nada de eso; tengo que salir con mamá y me voy... No tengo más que cinco minutos para ponerme el sombrero...

Las relaciones de Juan con su hermana habían llegado á ser extremadamente frías y violentas. El joven se había permitido hacer á Julia algunas observaciones sobre sus lecturas con la torpe severidad de un moralista de veinte años, y había tropezado con un mal humor

que continuaba desde entonces y se había aumentado en los últimos meses.

— ¡Julia! dijo Juan, pero la joven volvió hacia él unos ojos tan altaneros y tan impenetrables, que su hermano no acabó la frase.

— ¿Qué hay? preguntó Julia.

— Nada, respondió Juan viéndola salir de la sala, y pensó: No me respondería y sólo conseguiría alejarla más de mí. Hay que advertir á mi padre,.. Y como si la casualidad se complaciera en multiplicar los incidentes que formaban comentario á su coloquio con Ferrand, el joven vió en una butaca, cerca de la puerta del despacho, un libro de cubierta malva que sin duda había dejado olvidado Gaspar, al que hacía poco había llamado su madre. Era una novela de título equívoco y que obtenía en aquel momento uno de esos éxitos de escándalo que serían la vergüenza del París actual si todas las épocas no hubieran conocido otros iguales, enterrados hoy en el olvido.

— He aquí un pretexto para empezar la conversación, pensó Juan. Y cogió el volumen para entrar en el despacho de su padre. El profesor estaba fumando en el cuartito que le servía de biblioteca, al que él llamaba « el pensadero », y leyendo un minúsculo volumen que era el *Esquilo* de la edición Boissonade. Al alcance de la mano tenía los libros que leía con más frecuencia y cuya enumeración bastará para definir aquel espíritu contradictorio de visionario poco razonable y de delicado hombre de letras. Eran el Esquilo y el Sófocles de la misma edición, un Virgilio, y, al lado, el *Contrato social* de Rousseau, *La Justicia en la Revolución y en la Iglesia*, de Proudhon, los *Castigos* de Hugo y, contraste supremo con esos tres monumentos revolucionarios, *Los Caracteres*, de La Bruyère.

— ¿Eres tú, Juan? dijo á su hijo levantando la cabeza, y dejó ver un semblante como transfigurado, en el que no aparecía ya ni el fanatismo de la discusión del almuerzo ni la tristeza producida por las brutales contestaciones de Antonio. En aquellos ojos libres de sus cuidados y en aquella boca dichosa sonreía el alma del artista aplastado por la vida, imposibilitado de escribir y de revelarse, pero indestructible y siempre capaz de nobles ensueños. Ya ves, dijo, he aprovechado este día de fiesta para coger el *Orestes* y pienso pasar con el toda la tarde... ¡Qué poesía la estos griegos y que vulgar es todo á su lado!... Oye este pasaje sobre Menelao en el abandono: *Devorado por el recuerdo de la que está más allá de los mares, va errante como un fantasma por su palacio. Hermosas estátuas le rodean y aumentan su dolor. Pues una estátua no tiene ojos y sin la mirada no existe el encanto del amor...* ¡Qué exacta, qué humana es esta necesidad de amar á lo que puede responder, á lo que puede sentir, á lo que puede saber que es amado!... Y después ¿te acuerdas? El autor acaba de comparar á Elena con un leoncillo educado en una casa y que al principio *halaga porque tiene hambre...* ¡Qué rasgo! Y después se revela la fiereza y la bestia feroz mata y devora... ¡Qué poeta! Dice de la mujer: « *Alma serena como la calma de los mares...* » Es toda la gracia y todo el peligro de las mujeres... Es toda la gracia y todo el peligro del Mediterráneo... Hay que haber conocido aquel mar luminoso para comprender á los poetas griegos. Cuando leo versos semejantes me veo ya retirado en el país de tu madre, cerca de Niza. Todos vosotros estaréis colocados. Tú serás profesor de Facultad, en Aix, acaso. Tu hermana habrá salido ya de Sevres y será independiente como profesora de un liceo de niñas. Gaspar será

profesor de Ciencias; este chico tiene una disposición asombrosa para las matemáticas. Antonio será jefe de una de las secciones de la Gran Banca. Todos seréis dichosos y yo, que no tendré ya nada que hacer, leeré todos los años los poetas griegos de cabo á rabo. Recuerdo una frase de nuestro maestro de la Escuela normal: « ¡Ah señores! ¡Qué canallas eran estos griegos, pero qué talento tenían! » Para mí ninguno vale lo que el viejo Esquilo y me gusta pensar que era, como Víctor Hugo, tan buen ciudadano como gran poeta. *¡Alma serena como la calma de los mares!...* Toma, léeme este pasaje en voz alta...

Y tendió á Juan el volumen qui había permanecido en sus bolsillos desde el día en que le compró de lance en una librería de viejo. El joven se puso á declamar los versos griegos y el padre á decir las frases que sabía de memoria. ¿Cómo tener el valor necesario para despertar al visionario de aquel sueño inconsciente? ¿Cómo atraverse á arrojarle en el mundo real si aquel sueño era voluntario á fin de refugiarse en el mundo ideal para no sufrir los desgarrones del otro? Al pronunciar con los labios las palabras del texto griego, Juan escuchaba una voz interior que le repetía aquel otro verso más humilde é indigno del *Agamenón* y del genio antiguo:

Mi hijo será mi consuelo...

He aquí por qué, cuando salió del despacho de su padre, media hora después, no había hablado ni de la intriga que sospechaba en Julia, ni del fondo peligroso de la existencia de Antonio, ni del libro obsceno olvidado por Gaspar en una butaca de la sala, ni de sí mismo, sobre todo, ni de la trágica discusión de conciencia y de corazón de que era víctima. ¿Para qué? se decía,

como tantas otras veces. Y salió de casa para andar indefinidamente y engañar con el movimiento la desesperación de que se sentía poseído, más definitiva y máirremediable que la de por la mañana... Por un movimiento maquinal iba desgarrando las páginas de la novela corruptora cogida á su hermano y arrojándolas al arroyo. Era la única acción de que era capaz, mientras la imagen de Brígida le acompañaba, tan presente y tan lejana, tan viva y tan muerta para él. De este modo llegó al extremo de la calle *Claude-Bernard* y se encontró delante de la vieja iglesia de *Saint-Medard*, en la que los fieles entraban y salían. El joven se detuvo un momento con los ojos fijos en el pórtico, pero en seguida volvió la espalda y se metió por la avenida de los *Gobelins*, pensando: No, no tengo derecho para aceptar el ofrecimiento de Ferrand y causar esta pena á mi padre, siendo así que no creo. Y la prueba de que no creo está en que no pienso ir á pedir al dios de Brígida ayuda y consuelo. ¡Y, sin embargo, sufro mucho!...